

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 5 DE DICIEMBRE DE 1920

NUM. 19.294

CUENTISTAS  
ESPAÑOLES

## PERICO EL BUENO

POR ARMANDO  
PALACIO VALDÉS

NUESTROS ideales no siempre se armonizan con las tendencias secretas de nuestra naturaleza, como afirman los filósofos moralistas. Por el contrario, he visto en muchos casos producirse una disparidad escandalosa.

He conocido avaros que admiraban profundamente a los prodigos, que hubieran dado todo en el mundo por parecerseles..., menos dinero. Había un comerciante en mi pueblo que pasó toda su vida contándonos lo que había derrochado en un viaje que había hecho a París, sus francachelas, la cantidad prodigiosa de lises que había esparcido entre las bellezas mundanas. Se le saltaban las lágrimas del gusto al buen hombre narrando sus aventuras imaginarias. Pero ésta es una historia que dejo para otra ocasión.

Voy a contar ahora la de *Perico el Bueno*. Ni yo ni nadie en el pueblo sabía de dónde le venía ese sobrenombre. Pero menos que nadie lo sabía él mismo, a quien enfadaba lo indecible. No había en el Instituto un chico más díscolo y travieso. Era la pesadilla de los profesores y el terror de los porteros y bedeles. En cuanto surgía en el patio un motín o una huelga, podía darse por seguro que en el centro se hallaba *Perico el Bueno*; si había bofetadas, era *Perico* quien las daba; si se escuchaban gritos y blasfemias, nadie más que él los profería.

Parece que le estoy viendo, con un negro cigarro puro en la boca, paseando con las manos en los bolsillos por los pórticos y arrojando miradas insolentes a los bedeles.

—Señor Baranda — le decía uno cortésmente —, tenga usted la bondad de quitar ese cigarro de la boca: el señor director va a pasar de un momento a otro.

—Dígale usted al señor director que me bese aquí — respondía fieramente *Perico*.

El bedel se arrojaba sobre él; le agarraba por el cuello para introducirle en la carbonera, que servía de calabozo. *Perico* se resistía; acudía el correo: entre los dos, al cabo de grandes esfuerzos, se lograba arrastrarlo y dejarlo allí encerrado.

Parece que le veo también en la clase de *Psicología, Lógica y Ética* disparando saetas de papel y haciéndonos reír con sus muecas. El profesor era un hombrecillo redondo y bondadoso que gustaba de los similes.

—Señor Baranda, a la manera que la manzana podrida se separa de las otras para que no las contamine, me hará usted el favor de apartarse de sus compañeros y sentarse en aquel rincón de la derecha.

*Perico* no se movía una pulgada de su puesto.

—Señor Baranda, hágame usted el favor de separarse — repetía el profesor.

—¡Que se separen las manzanas sa-

nas! — respondía *Perico* alzando los hombros con ademán desafiante.

El profesor insistía, trataba con razones y amenazas de persuadirle. Todo era en vano. Al cabo nos decía, un poco avergonzado:

—Vaya, vaya; tengan ustedes la bondad de separarse y dejarle solo.

Y hienos aquí a los treinta o cuarenta muchachos que componíamos la clase

prodigiosamente ágil y diestro en toda clase de ejercicios. Nadie le aventajaba en la carrera ni en el salto, ni nadie jugaba como él a las *puentes* y al *piño campo*. Recuerdo que una tarde en que por instigación suya hicimos novillos, y en vez de asistir a la clase de Retórica y Poética, nos fuimos a poetizar al campo, como nos alejamos demasiado y se llegara el crepúsculo, tuvimos mie-

No podía sacarse esta espina del ojo.

Cuando nos hicimos bachilleres le perdí de vista. Yo me vine a Madrid, y él se quedó en el pueblo. Algunos años después le hallé completamente transformado. Había muerto su padre, y se había puesto al frente de la fábrica, y se había metido en política. Era un hombre grave, silencioso, pero siempre enérgico y dispuesto a encolerizarse por cualquier bagatela. Sus ideas políticas, exageradamente radicales, casi anarquistas, y cuando llegaba el momento, las expresaba con una violencia y un cinismo que ponía en suspensión y espanto a los pacíficos habitantes de nuestra villa. De religión no había que hablar. *Perico* se había declarado enemigo nato del Supremo Hacedor, y al final de cualquier francachela con sus amigos hablaba, como cosa natural y sencilla, de beber la sangre del último rey en el cráneo del último sacerdote.

¡Y, sin embargo, en la población seguía nombrándosele *Perico el Bueno*! Claro está que era por la espalda, pues cara a cara nadie hubiera osado darle este apodo infamante.

Pronunciaba conferencias en el Centro obrero y arengaba a las masas en todas las manifestaciones republicanas con mucho más calor que elocuencia. Su espíritu no se nutría mas que de los artículos de fondo de los periódicos radicales y de los libros de los filósofos materialistas de última hora. El de Büchner, *Fuerza y materia*, era su evangelio. *Perico* en los últimos tiempos, poco antes de llegar yo al pueblo, habían caído en sus manos algunas obras de Federico Nietzsche, y las había devorado con verdadera glotonería, y sin digerirlas muy bien, hacía uso de ellas para aterrorizar a sus convecinos. Todas las virtudes eran para él objeto de feroces sarcasmos: la bondad no significaba mas que impotencia; la humildad, bajeza; la paciencia, cobardía. Exaltaba, en cambio, la crueldad, la astucia, la audacia temeraria, el carácter agresivo, como instin-

tos preciosos que aumentan nuestra vitalidad y hacen la vida más bella y más intensa. «¡Es menester decir «sí» al mal y al pecado!», repetía a cada instante en el casino, en medio de la estupefacción de los inocentes burgueses que le escuchaban. Hablaba de demoler los hospitales, los asilos y hospicios, como centros de putrefacción donde se guarda con esmero la podredumbre humana, que luego se esparce y nos envenena a todos; se entusiasma con la costumbre espartana de despeñar a los niños mal configurados, y hasta hallaba razonable la de sacrificar a los viejos e impotentes... En fin, un verdadero horror.

Si alguno de los circunstantes quería atajarle y responder a tales atrocidades, *Perico* se encrespaba y chillaba tanto y tan alto, que había que dejarle.

ALQUERÍAS VALENCIANAS. CUADRO DE ANTONIO ESTEVE



El joven paisajista valenciano Antonio Esteve ha expuesto en estos días en el Salón de Arte Moderno lo más fresco y jugoso de sus recientes trabajos pictóricos. Por su sencillez, su finura de técnica y su poesía delicada y suave, se destaca entre todos el bello cuadro que reproducimos.

levantándonos de nuestros asientos y apartándonos algunos metros del rebelde.

Por supuesto, estoy en fe de que no se le formaba consejo de disciplina y se le arrojaba para siempre del Instituto por respetos a su padre, D. Pedro Baranda. Este señor era un industrial que poseía una fábrica de ladrillos en las afueras de la población, excelente persona y, además, uno de los jefes del partido republicano. Como nos hallábamos en plena revolución, ningún profesor osaba malquistarse con él.

*Perico* sufría horriblemente cada vez que se oía llamar *el Bueno*. Rechinaba los dientes, y si era algún chico de su edad quien le injuriaba de este modo, se arrojaba sobre él y le hinchaba las narices. Porque es de saber que *Perico* era bravo, y, aunque no muy fuerte,

do de no estar al Angelus en casa, como nuestros padres nos tenían prevenido. Nos hallábamos cerca del puente por donde cruzaba la vía férrea. *Perico* ve llegar el tren a toda marcha y, sin decirnos palabra, se encarama sobre la barandilla y se arroja sobre una de las plataformas, logrando ganar, sano y salvo, la población en pocos minutos.

¿Por qué no he de confesarlo? Yo le admiraba, y fui su amigo sincero. El me mostró siempre también particular predilección, y desahogaba conmigo sus penas. Una de las mayores era aquel ridículo apodo que sobre él pesaba. Le parecía el colmo de la degradación.

—¡Mira tú — me decía algunas veces sonriendo con amargura — que llamarme a mí *Perico el Bueno*, cuando soy más malo que un dolor a media noche!



Cierta tarde, en el casino, se complacía en atacar y burlarse de la santidad, repitiendo las paradojas del filósofo que le había sorbido el seso.

—Existen ciertos hombres—decía—que sienten una necesidad tan viva de ejercitar su fuerza y su tendencia a la dominación, que, a falta de otros objetos, o porque han fracasado siempre, concluyen por tiranizar alguna parte de su propio ser. La santidad, en último término, es cuestión de vanidad.

Un ilustrado profesor del Instituto tuvo la mala ocurrencia de replicarle:

—Pero, Sr. Baranda, ¿hay hombre alguno sobre la tierra tan desprovisto de fuerza que no pueda hacerla sentir de algún modo a sus semejantes? Yo he conocido mendigos tullidos, enfermos, seres sumidos en la más profunda abyección, que dejaban cerillas encendidas en los pajaros y ponían cristales en los caminos para que se hiriesen los transeúntes.

Perico reprimió con trabajo su cólera y trató de hablar con calma.

—Le digo a usted que es cuestión de vanidad y, además, de pasión. Bajo la influencia de una emoción violenta, el hombre puede determinarse, lo mismo a una venganza espantosa que a un espantoso amiguamiento de su necesidad de venganza. En un caso o en otro, sólo se trata de descargar la emoción.

—Pero la pasión no es mas que la exaltación del sentimiento—manifestó el catedrático—. Para que exista la emoción religiosa capaz de producir el ascetismo es necesario que haya existido antes el sentimiento religioso. No es, pues, la pasión religiosa la que usted nos debe explicar, sino el sentimiento de donde procede. Que el hombre, acometido y dominado por una excesiva emoción, puede determinarse a obrar de un modo monstruoso y hasta contrario, no ofrece duda. Pero el «porqué» y el «cómo» se ha producido tal emoción es lo que debemos investigar. Si en algunos casos los efectos del amor y del odio pueden ser los mismos, porque el fuego de la exaltación consuma y borra las diferencias, no por eso dejarán de ser radicalmente sentimientos distintos y contrarios.

—Bien; pues aunque no fuese cuestión de vanidad y de pasión, yo no puedo menos de despreciar profundamente a esos castrados—repuso con tono y gesto despectivos Perico—. Después de todo, esos eunucos, incapaces de gozar de la vida, sólo tratan de hacerla más llevadera, sometiéndose vilmente a una voluntad extraña o a una regla. Son en el fondo unos epicureístas, aunque bien ridículos.

—¡Rara manera de hacer la vida dulce el obedecer a un superior caprichoso, colérico o estúpido!—exclamó el profesor—. Y aunque por un esfuerzo de la voluntad lograsen no sentir el resquemor de las humillaciones, ¿cómo evitar el sufrimiento que producen las incomodidades físicas? ¿Es más ligera la vida para el que no tiene un instante suyo, a quien se obliga a comer manjares que le repugnan, velar cuando tiene sueño, dormir cuando no lo tiene, viajar cuando se halla fatigado y reposar cuando siente necesidad de movimiento, que quien dispone libremente de su actividad? El filósofo Epicuro se maravillaría, ciertamente, de que considerasen discípulos suyos a San Antonio y San Francisco. Porque si para él la serenidad intelectual y moral significaba el placer más grande de la vida, juzgaba igualmente el bienestar físico como condición para la tranquilidad moral, y los placeres del cuerpo, sobre todo el del vientre, como raíz de los placeres del alma.

Los tertulios se pusieron de parte del catedrático, y con esto Perico se enfureció y comenzó a disputar a gritos y a soltar interjecciones soeces, como tenía por costumbre desde niño. De tal modo,

que su interlocutor, impacientado al fin, alzó los hombros con desdén y no quiso continuar la discusión.

Pocas semanas después de esto, hallándose bastante gente paseando por la acera de la plaza de la Constitución, se declaró un violento incendio en el Círculo Tradicionalista. Ocupaba éste en la misma plaza una casa que constaba de un solo piso. A esta hora, que era la del crepúsculo, había pocos socios, que se echaron a la calle prontamente. El conserje había salido a un recado. La multitud se apiñó delante del edificio y comenzaron los trabajos de extinción, que se redujeron a que subiesen algunos a los tejados contiguos con cántaros de agua para impedir que el fuego prendiese a las otras casas. Se esperaba a los bomberos, pero no acababan de llegar.

El fuego era terrible y las llamas salían ya por las ventanas. De pronto, se escuchan lamentos desgarradores en la calle. Una mujer desgredada, pálida como una muerta, corría hacia la casa, gritando:

—¡Mis hijos! ¡mis hijos!

Era la esposa del conserje, que habitaba en los altos de la casa. Nadie se había dado cuenta de que en ella había encerradas cuatro criaturas, la mayor de siete años. Quiso lanzarse a la puerta, pero la sujetaron algunas manos: la escalera estaba ya invadida, y marchaba a una muerte cierta.

—¿Dónde están sus hijos?—le preguntó Perico Baranda, que la tenía agarrada por un brazo.

—¡Allí! ¡allí!—gritaba la infeliz mujer, señalando a la derecha del edificio—. ¡Soltadme, por Dios!

Perico Baranda la soltó, pero fué para lanzarse a las ventanas enrejadas del cuarto bajo y escalar con la agilidad de un mono los balcones del primero. Se le vio desaparecer: un minuto después aparecía con una niña entre los brazos. De la muchedumbre partió un grito de alegría. Se arrimó una escala, y varias manos recogieron a la criatura.

Perico se lanzó de nuevo intrépidamente al interior. Poco después salía con otra niña. Se le vio con la ropa chamuscada, el rostro ennegrecido.

—¡Refrescadme, voto a Dios! ¡Refres-

cadme, refrescadme!—gritó con voz ronca.

Desde los tejados contiguos se le arrojaron algunos cubos de agua, pero no llegaron a él. Un hombre subió por la escala con una herrada y se la vertió sobre la cabeza.

Perico se lanzó otra vez al interior, a pesar de que las llamas salían ya por todas partes y era inminente el derrumbamiento del techo.

Poco después asomaba con otro niño.

—¡Refrescadme, refrescadme!

Esta vez venía tan desfigurado, que apenas se le podría reconocer. A simple vista se notaba que tenía heridas las manos y el rostro. Parecía que iba a caer exánime.

—¡Refrescadme, refrescadme!

—¡Basta, Perico, basta!—gritaron algunos.

—¡No basta, mal rayo que os parta, que hay un niño dentro todavía!—rugió Perico.

Y en cuanto le echaron otra herrada de agua sobre la cabeza se lanzó de nuevo al interior.

¡Terrible momento de angustia! Todos los corazones latían con violencia. Un segundo más...

Se escuchó un ruido espantoso. El techo se había venido abajo, y Perico no volvió a aparecer. Un grito de dolor salió de todos los pechos, y las lágrimas corrían por todas las mejillas.

Al día siguiente se encontró su cadáver carbonizado abrazado al de una criatura de pocos meses.

Se depositaron aquellos preciosos restos en un ataúd dorado. La población entera, viejos y jóvenes, mujeres y niños, lo siguieron al cementerio. El ataúd, cubierto de coronas, marchaba deteniéndose a cada instante, porque los hombres se disputaban el honor de llevarlo sobre los hombros aunque fuese un minuto.

Cuando llegó, quedó literalmente sepultado entre flores.

El instinto popular no se había engañado. El alcalde de la villa, interpretándolo, hizo grabar sobre su tumba estas sencillas palabras:

«AQUÍ YACE PERICO EL BUENO.»

Armando PALACIO VALDES  
De la Real Academia Española.

## TIPOS GROTESCOS

# LOS DIAS DE MODA

EL problema del «día de moda» es mucho más terrible de lo que la gente piensa. Hay mucho espectador sencillo que acude al teatro sin llevar el calendario en el bolsillo, y al oír un chiste ríe lo mismo en martes que en viernes, o se emociona ante una situación dramática sin importarle en qué día vive. ¡Cuán equivocado está el que tal hace. ¿Cómo es posible experimentar la misma sensación ante un público desconocido que hallándose rodeado de gente que luego ha de salir en las crónicas del gran mundo que publican los periódicos? ¡Imposible!

Hay familias que llevan esto tan a punta de lanza, que si por casualidad acuden al teatro en un día completamente vulgar o anodino, lo hacen casi tan avergonzadas como si les viesan entrar a comprar cuarto de kilo de chicharrones.

—Purita: cuando lleguemos al teatro, procura taparte bien la cara.

—Querrás decir al salir, y aunque no tenga erisipela.

—Sé muy bien lo que digo; no sea que te reconozca alguien y luego se comente.

Estos espectadores se hallan en el tea-

tro avergonzados y procurando adoptar un aire de indiferencia que contraste con la cara de interés que tienen los demás.

—Mira, aquellas señoras de la platea deben de ser extranjeras. En toda la noche no han dado señal de que les interesaba la obra. Seguramente no la entienden.

—¿Esas? Pero si son las de Caldereira, la familia del celoso empleado de Pósitos. Son más madrileñas que la calle del Mediodía Chica.

—Entonces, ¿por qué no se ríen?

—Quizás les aprieten las botas.

—¿A todas? ¡Qué raro!

No les aprieta nada; pero como no están en día de moda, no creen prudente ni *chic* demostrar que se divierten el día que no es de moda. En cambio, pongamos a estas mismas personas acudiendo a uno de esos espectáculos del *todo Madrid* y las veremos con los rostros satisfechos y relucientes, como si al entrar el jefe de los acomodadores les hubiera untado con tocino.

—¡Qué bonito está el teatro!

—Precioso. A mí, estos días de moda me quitan años.

—¿Se ha abonado usted a todos los martes?

—A todos; no faltaba más.

—¡Caray; entonces, al final de temporada, va usted a tener que venir con niñera!

Esto, que es una estupidez en un día corriente de la semana, en una velada de moda pasa por un rasgo de ingenio más fino que un fideo y se repite, se comenta de palco en palco y acaba por ser la frase de la noche.

—¡Oh, como que a estas funciones de moda viene lo mejorcito de todo!

Y, efectivamente; atraída por el reclamo que los periódicos hacen a estas solemnes funciones, acude al teatro la familia de un carnicero, pongamos por industrial alimenticio, y su presencia causa una tremenda impresión en más de cuatro.

—¡Ay, mamá! ¿A que no sabes quién está en un palco entresuelo?

—La familia del nuevo *attaché* de Andorra. No podía faltar siendo, como dicen que es, gente distinguida.

—Buen *attaché* te dé Dios! La Romualda y su hija.

—¿La Romualda? ¿Quién es?

—¡Jesús, parece tonta! La mujer del señor Braulio, el carnicero de la esquina, aquel que te mandó a decir con la muchacha que no te podía cortar buenos filetes, porque lo que había decidido cortar era la cuenta.

—¿Y están ahí?

—El Sr. Braulio, no; pero su familia, sí. ¡Y en día de moda!

—¡Qué atrocidad! ¡Bien dice tu padre que todo está desquiciado! Mira, vamos a mirar hacia el escenario, no sea que nos reconozcan y se les ocurra saludarnos.

—O recordarnos con un acomodador que aún tenemos pendiente en su tienda el piquillo aquel de los riñones.

Desde aquel momento, todos los ocupantes del palco procuran aparentar que están interesadísimos por la obra, y permanecen inmóviles, como si les estuvieran haciendo un retrato de familia. Cuando en el entreacto algún amigo entra a saludar a los del palco, los encuentra siempre en la misma actitud.

—Les he visto a ustedes mirando al escenario como si les entretuviera la obra. ¿Qué les pasa? Porque ya se sabe que a estas funciones se viene para no atender a la comedia.

—¡Cosas de ésta, que parece de pueblo!

—Es tontísima... Es mamá la que...

—¿Sí? Era que eso de los riñones...

—¿Riñones? Pero, señora, si en la obra no se habla de semejante cosa.

—¡Jesús! Es verdad. ¿En qué estaría yo pensando?

Las hijas, al oír lo de los riñones, miran disimuladamente al palco donde está la familia del Sr. Braulio y observan con satisfacción que está vacío. Entonces creen oportuno hacer alguna observación, para que su respetable mamá se tranquilice.

—¡Uf, mamá! No sé cómo se te puede ocurrir hablar de eso aquí, ante un público tan selecto, donde no hay ningún carnicero ni familia del mismo.

La señora ha comprendido, y lanzando un suspiro de satisfacción se repone y dice:

—Es verdad. ¿Decía usted de la obra? Verdaderamente, no me he fijado. Aquí sólo se viene por el público, ¿no? ¡Como todos somos tan elegantes!

Y ya pasan la velada agradablemente. En realidad, para divertirse en firme, lo primero que hay que hacer es llevar la alegría dentro del cuerpo, y eso sucede a los que acuden al teatro en día de moda, pensando que así son superiores al resto de los mortales que sólo van en días que no tienen relieve alguno.

Y es que, como debió decir un filósofo griego, la felicidad va dentro de nosotros mismos.

A. R. BONNAT



EL TRIUNFO DE UN ARTISTA

# LA HISTORIA MARAVILLOSA DE GUSTAVO DE MAEZTU

HARÁ de esto unos cinco años. Gustavo de Maeztu celebraba en Madrid una Exposición general de sus obras en un salón de la plaza de Canalejas. No iba nadie. Es decir, si; íbamos todas las tardes unos cuantos amigos para *faire nombré*, como dicen los franceses; para impedir que el artista, completamente solo frente a sus obras, tuviese un día la tentación de tirarse por el balcón o de aprovechar sus lienzos pintados del modo que Courbet pedía que se aprovecharan los lienzos pintados del Louvre: haciendo con ellos capotes impermeables.

En estas pequeñas reuniones de intimidad y de pésame, como era natural, se maldecía terriblemente del *filisteo*, de ese repugnante burgués, hinchado de dinero ganado en fabricar camisas o fideos, y que no se apresuraba a purificar su fortuna con obras de Arte. Arte, con mayúscula. Y en una de esas reuniones, entre imprecación e imprecación, nació la idea de organizar una conferencia para explicar al público cerril lo que significaban las obras de Gustavo de Maeztu.

No fué feliz la idea. La hora señalada, abundantemente pregonada por toda la Prensa, para la conferencia—mejor dicho, para el mitin, pues varios habían de ser los oradores—era la de las seis de la tarde. A las seis menos diez no había llegado nadie; a las seis y cinco, tampoco. El pánico apoderóse de los organizadores; un pánico terrible, que veía por anticipado la desesperación de Maeztu, y, cosa más grave aún, el ridículo ante los señores «representantes de la Prensa». Y entonces, febrilmente, dedicáronse todos los organizadores a «llenar» la sala. Desparrramáronse en todas las direcciones, por todos los cafés y demás centros de cultura en busca de *alguien*. Cada entrada era recibida con un suspiro de alivio. Ya somos veinte... veintidós. Pero ese salón que todos encontrábamos pequeño para la Exposición, culpando a sus reducidas dimensiones del poco lucimiento de las obras, era decididamente tremendo: el mayor salón de

conferencias de Madrid. Las Zuloaga, que entraron con una amiga, el marido de la amiga y su padre y su hermano, estuvieron a punto de ser ovacionadas: siete personas de una vez. La cosa iba ya bien. Tan bien, que cuando Salvador Bartolozzi llegó con todos los operarios del taller de su hermano, tuvieron éstos que quedarse en pie junto a la puerta, cosa que, indudablemente, era de bonísimo efecto. Los señores «representantes de la Prensa» podrían decir justamente que el salón «estaba atestado».

La conferencia deslizóse sin incidentes, en medio de la mayor cordialidad; todos nos conocíamos, y sólo anhelábamos ocasión para aplaudir. Y ovacionamos a rabiar a Leal de Cámara, que el programa llamaba familiarmente *nuestro querido Leal*, y a Gómez de la Serna, que el mismo programa calificaba de *original*, y a Vinardell leyendo cuartillas que también el programa, decididamente explícito, aseguraba ser del *modernísimo compositor Esplá*. Y ovacionamos finalmente a Gustavo de Maeztu en «algunas explicaciones sobre los cuadros expuestos».

Después, todo el mundo felicitóse efusivamente entre sí, y Gustavo de Maeztu, anunciándonos solemnemente que para él un novelón folletinesco que estaba haciendo y que se llamaba *Ei gato azul*, o cosa parecida, tenía más importancia que todos los cuadros, desapareció.

Unos aseguraban que estaba en Bilbao, pintando desde el amanecer hasta la noche en el fondo de un caserón romántico; otros decían haber sabido de él recorriendo a pie el alto Aragón y enamorándose con todos los tipos y lugares más duros y más pintorescos.

El año pasado recibimos noticias de Maeztu. Varios recortes de los grandes periódicos londinenses en que los principales escritores de arte de Inglaterra saludaban en Maeztu a una de las prime-



LAS MUJERES DEL MAR

ras afirmaciones de nuestra pintura contemporánea. Poco después, Mrs. Stoop, una ilustre y cultísima dama inglesa, confirmábanos con su entusiasmo el triunfo de Maeztu en su patria. Y una larga carta de Maeztu mismo hablábanos, por fin, de Exposiciones sensacionales y de proyectos de viaje, indudablemente imposibles de realizar a pie, como la vuelta del Alto Aragón. En mayo próximo pasado llegamos a Roma cuando él acababa de irse; supimos que ante la visión del Tíber y San Pedro había exclamado: «Total, Zaragoza en grande; el Ebro y el Pilar», y que en la Ciudad eterna su principal ocupación había sido beber *chianti* y piropear a las *chockarras*. Pero si todo su ideal de Roma hubiera sido buscar comparaciones con Zaragoza, beber y divertirse, no hubiera ido *precisamente a Roma*, como quien cumple, por fin, un largo y antiguo deseo, y, sobre todo, no hubiera convertido su cara de clown inglés en cara de niño aplicado, cuando Chicharro le explicaba, con todo el amor de su larga permanencia romana, la «colosalidad» de la Sixtina. Miguel Angel tuvo el don de parar las piruetas del autor del «Gato azul».

Ahora, en este Salón de Otoño, las obras de Maeztu, llegadas con retraso, fueron esperadas y comentadas con afán. Y recordábamos aquella Exposición nacional (no, no hace muchos años), en que «El ciego de Calatañazor» estaba colgado en la sala del crimen.

¿Es Maeztu, como quieren los críticos ingleses, una de las más fuertes representaciones del arte español contemporáneo? Entendiendo español en el sentido zuloaguesco de interpretación profunda de la raza, desde luego, no; entendiéndolo en el sentido de exaltación decorativa, bien pudiera ser.

Después de tantos años de pintura de caballete, hemos perdido la noción de lo decorativo, llegando hasta a aceptar

como tal unos cuadritos muy retorcidos, hechos con mucha paciencia, para no decorar nada..., a no ser diez centímetros de pared. Es un punto de vista como otro. Pero la pintura decorativa, en el sentido real de la palabra, en el sentido que le daba Puvis de Chavannes cuando decía que «el muro la rechazaría, si no pensaba ante todo en el muro», esta clase de pintura Maeztu sólo la representa en España. Y la representa como lo quiere España, equilibrada y exaltadamente; cogiendo sus tipos fundamentales, hombres pétreos y hembras escultóricas, y resumiéndolos sobre unos fondos de fuego, de piedra y de sequedad.

¿Qué otra raza y qué otra tierra que las nuestras podrían proporcionar a Maeztu sus visiones resplandecientes? Hay estructuras que son incomparables y que se dan en un solo punto del orbe. Y Maeztu, si ya no es hoy el de las Exposiciones solitarias, sigue siendo en Londres el viajero del Alto Aragón.

El triunfo de Maeztu en el Extranjero era cosa fatal. La España castellana es muy difícil de sentir cuando no se es de España; más aún, cuando no se es de la meseta. Rodin indignábase de «las faltas de dibujo» del Greco, y no veía más allá, y Carrière, el tan profundo, no veía en la llanura castellana más que un paisaje árido y «desprovisto de interés». Después del arte castellano, ¿qué les queda a los que desde fuera aman a España? Cosas feas, siempre feas, ya que no alcanzan su belleza emotiva. Y luego, la España de pandereta, buena para turistas baratos.

Y el arte de Maeztu tiene el exterior seductor, y se apoya en una estructura muy fuerte y muy lógica. Tan visiblemente lógica y fuerte, que su encanto allende las fronteras debe provenir de cómo afirma que España es, en su tierra y sus gentes, el país más duramente hermoso. Y quizás Maeztu, haciendo una pirueta con su triunfo, dirá que más inexorablemente.

Margarita NELKEN



VISION ROMANTICA



# BUBY ENCUENTRA UN TESORO



- CUENTO PARA NIÑOS -



BUBY era un valiente. Aquel domingo, para fastidiar a la cocinera que era muy gruñona, se le ocurrió llenar de sal el bote de azúcar de la cocina, con lo cual en el pecado llevó la penitencia, pues las natillas resultaron incomibles.

Buby demostró su valor cuando, al castigarle mamá con no ir al cine—no ver el vigésimo episodio de «Los misterios de Honolulu!»—, y al ver marchar a su hermanita Nena con mademoiselle, no vertió una sola lágrima; se es hombre o no se es.

Luego, papá y mamá se fueron al teatro, la doncella se marchó de paseo, la cocinera gruñona se metió en la cocina, y Buby se encontró sólo, y para aprovechar aquel domingo de soledad y de castigo, resolvió hacer un viaje de exploración a las regiones prohibidas de la bohardilla.

¡Cuántos trastos! Muebles fuera de uso, baúles, trapos, telarañas en abundancia.

En un rincón encontró una butaquita que le había causado extraordinaria alegría cuando se la regalaron, en los remotos tiempos en que él «era pequeño». Experimentó honda satisfacción al comprobar que hoy apenas cabía ya entre las brazos de mimbres de la butaquita, que le acogió con un gemido doloroso.

Pero aunque estaba un poco estrecho, Buby se hallaba tan cansado por sus exploraciones, que, después de mirar fijamente ante sí durante un momento para ver si aparecía alguna araña que pudiese servirle de juguete vivo, inclinó la cabeza a un lado y se quedó dormido.

De pronto, oyó una vocecita quejumbrosa que decía:

—¡Ay! Buby, ¡qué pesado te has vuelto!

Buby comprendió en seguida que era la butaquita la que hablaba.

—¡Claro!—contestó dándose toda la importancia posible—; no podía seguir siendo pequeño toda la vida... Y a ti, ¿qué tal te va por estos altos barrios?

—Así, así, me voy haciendo vieja...

—¿Cómo! ¡si apenas tienes siete u ocho años!

—Es una edad muy avanzada para una butaquita de mimbres; además, tengo reuma en las articulaciones; ya habrás notado que no puedo dejar de quejarme a cada movimiento tuyo.

Aquí la butaquita lanzó un gemido desgarrador; bien es verdad que Buby había hecho un gesto brusco para sacarse el pañuelo del bolsillo y enjugarse las lágrimas que le hacían derramar la pena de la butaquita y el sentimiento de su propia ingratitud.

—¡Pobrecilla! Me estaré quieto.

—Voy a demostrarte—prosiguió la butaquita—que sigo profesándote verdadero afecto. En el tiempo que llevo aquí, repudiándome bajo el polvo y las telarañas, he descubierto un tesoro maravilloso y quiero regalártelo.

—¿A mí?—exclamó Buby.

—Sí, a ti. Sin duda lo escondieron los antiguos inquilinos de la casa; yo he tomado informes minuciosos y me he enterado de que han muerto todos; por lo tanto, el tesoro no pertenece ya a nadie, o, mejor dicho, pertenece a quien lo encuentra, y ese serás tú.

—¿Yo?—tornó a exclamar Buby.

—Sí, tú, Buby en persona y con la ayuda de mis confidencias. Tienes que correr el baúl de hule negro, y ahí, debajo de una losa encarnada está el tesoro que...

La butaquita enmudeció súbitamente y Buby abrió los ojos.

¿Habría soñado? Sería lo más probable, puesto que había dormido, y la butaquita no daba ya más señales de vida que alguno que otro gemido que no tenía nada de humano.

Pero ¿y si hubiera soñado la verdad?

Con su profunda cultura cinematográfica, Buby sabía perfectamente que a veces ocurren cosas muy extrañas...

Se levantó resueltamente, se acercó al baúl de hule negro, y, afirmándose sobre sus piernas y reuniendo todas sus fuerzas—no en balde había tenido el primer premio de gimnasia en el curso último—, empezó a empujarle. Afortunadamente, el baúl estaba vacío, y la considerable provisión de energías de Buby resultó casi superflua. El baúl dejó al

chazó esta idea. Papá tenía demasiada costumbre de emitir el aforismo paternal que dice que «todo lo que es de los niños pertenece a sus padres».

Finalmente, acabó por dejar la caja donde la había encontrado, y volvió a colocar el baúl encima, mientras meditaba un plan; solamente se guardó una de las monedas de oro en un rudo del pañuelo, y cuando Nena volvió del cine encontró a su hermano perfectamente indiferente ante el estupendo relato del vigésimo episodio de «Los misterios de Honolulu».

—Papá—dijo Buby con toda naturalidad durante la cena—, ¿cuánto vendrá a costar un automóvil con cuatro asientos?

—¿Es que piensas comprarte uno?—pre-

y teléfono, a Nena, y alguno que otro alfiler de brillantes o fruslería por el estilo a mademoiselle, que al fin y al cabo era buena persona.

Sin embargo, Buby, hombre prudente y avezado en la materia, temió que el esplendor de sus adquisiciones sorprendiese a la gente; llegarían acaso a sospechar que había robado aquel dinero; y como no tenía más pruebas de su inocencia que el testimonio de la butaquita de mimbres, que podía negarse a declarar, sería sin duda condenado sabe Dios a qué. Buby se estremeció y renunció a sus proyectos.

Pero, ¿y si entraban ladrones por el tejado y descubrían el tesoro?

Por la noche, en su camita dorada, a veces Buby se despertaba sobresaltado, creyendo oír pisadas sospechosas sobre el techo. Pero se acordaba de que vivía en el piso primero y, comprendiendo que las pisadas eran sin duda las de los inquilinos del principal, se volvía a dormir.

Su preocupación era tal, que fué descuidando sus estudios; luego empezó a descuidar sus juegos, lo que era más grave y más significativo; y no hubiera tardado en descuidar el cine y las meriendas, lo que hubiera sido gravísimo, cuando un día...

... Un día, Buby, al sacar el pañuelo del bolsillo, dejó caer la moneda de oro al suelo. Al oír el sonido metálico, papá, que se hallaba leyendo EL IMPARCIAL, levantó la cabeza.

—A ver esa moneda—dijo.

No había medio de inhibirse. Buby entregó la moneda.

—¿Quién te la ha dado?—preguntó papá después de examinarla.

El momento supremo había llegado. Buby se puso colorado como un tomate maduro; tragó saliva y, al fin, en valiente, relató la historia de su hallazgo maravilloso.

Cuando terminó, papá soltó una carcajada; Buby le miró tan asombrado que ni siquiera se acordó de ofenderse.

—Pero ¿tú sabes lo que es esto, Buby?

—¡Claro que lo sé!—contestó Buby, irguiéndose fieramente—: es una moneda de oro extranjera.

—No, Buby, no; esto es una ficha de cobre de las que se emplean para jugar a las cartas.

El golpe era rudo. Buby sintió que las piernas le flaqueaban, y, sin embargo, el desengaño le pareció mucho menos cruel que la risa paterna.

Afortunadamente, papá llamó a mamá para relatarle la historia, y mamá no se rió, al contrario. Tomó la cosa muy en serio, como debía ser, y hasta regaló a papá por haberse reído.

Luego cogió a Buby en sus brazos; le explicó detenidamente, de persona mayor a persona mayor, que había hecho mal en no confiarse en seguida a ella, que hubiera sido, como siempre, su mejor consejera. Finalmente, para consolarle, le prometió un suplemento de sección cinematográfica en medio de la semana, y Buby, en el fondo de su corazón, y sin confesárselo a sí mismo, sintió como una especie de alivio al verse libre a la vez del peso agobiador de un secreto de esta índole y de las terribles perplejidades que le habían agitado.

Ya no era un capitalista; pero seguía siendo un niño mimado, lo cual decididamente no deja de tener sus encantos.

EL GATO CON BOTAS

Dibujos de BARTOLOZZI.



descubierto, como era natural, varias baldosas amarillas y varias encarnadas; Buby se ocupó exclusivamente de éstas. La primera estaba muy bien agarrada y no le fué posible moverla; con la segunda le pasó lo mismo; pero la tercera cedió sin dificultad. Debajo había un hueco; en este hueco una caja rectangular, de hojalata verde. Los dedos de Buby temblaron de tal manera que tardó un rato en abrirla, y entonces lanzó un grito agudo: la tapa, al levantarse, había dejado al descubierto... ¡monedas de oro!

Cuando Buby logró serenarse un poco, se puso a contarlas; había trescientas ochenta y cuatro. Las monedas eran extranjeras, pues Buby no logró leer la inscripción que tenían; pero ¿qué importaba? Lo principal era que había muchas y que todo aquel dinero era suyo. Pensó en las primeras medidas que convenía tomar. ¿Enseñárselo a papá? Al punto re-

guntó papá riéndose de la curiosidad.

Buby no contestó, herido en su dignidad por aquella risa desdeñosa. ¡Ah! Si papá hubiera sabido que su hijo poseía una fortuna, sin duda le hubiera tomado más en consideración.

Desde entonces Buby se dedicó exclusivamente a meditar acerca del plan que convenía adoptar respecto al tesoro.

Lo más natural era ir al Bazar Z y adquirir un triciclo perfeccionado, una docena de cajas de soldados enormes, varios sables y fusiles, un uniforme de húsar—Buby tenía instintos excesivamente bélicos—y un peón que, al bailar, tocaba la Marcha Real.

También compraría un automóvil con cuatro asientos para asombrar a papá y hacerle arrepentirse de sus injustos desprecios. Además, como Buby no era egoísta, pensó regalar un vestido de seda a mamá, una casa de muñecas, con baño



✻ ✻ RETABILLO ESPAÑOL ✻ ✻

# UNA SOBREMESA DE BALTASAR DEL ALCÁZAR

Ya su merced D. Baltasar está de tal suerte amarrado al mal de la gota, que de manera cruelísima le ataraza la carne, que no puede asentar los pies en el suelo; mas con todo y con eso, ni ha perdido el humor ni el gusto a la buena mesa.

Son las dos de la tarde de un ardiente día andaluz, a las postrimerías de mayo, gala y gozo de la vida. El *Marcial hispalense*, como de ordinario llaman a su merced los que gustan y saborean las mieles de su regocijado ingenio, reposa la comida, que fué abundante y sazonzada, repantigado en un amplio sillón de vaqueta.

Su oronda y henchida humanidad rebosa por todo el cómodo asiento; la pierna denecha, que es donde el dolor acude con más saña, tiénela descansando sobre una silleta de tijera. A las veces el alfilerazo del mal le hace demudar el gesto, tuerce la boca, cierra los ojos y lanza una imprecación; mas pasado que es el mal rato, su beatífica faz se adereza con la blanda sonrisa que de ordinario le da buen talante; no se cibera sino que es un hombre enteramente feliz.

Entendiendo que su dolencia no tiene remedio, la lleva pacienzudamente, más que por otra cosa, porque comprende que es lógica floración de una mocedad placentera, en la que los más de los pecados capitales lleváronle en volandas.

No se le da nada de las prohibiciones de los médicos y come de todo aquello que le apetece, aunque sabe que no le hace bien a la salud.

Cuando éstos le dicen que se vaya a la mano en refrenar los gustos y caprichos que pueden redundar en notable perjuicio de su persona, riése de muy buena gana de su ciencia.

Dícales que ¿qué entienden los médicos, sino de hacer enfermos?, y sostiene aquella misma satírica teoría que años más tarde sostuvo tan gran señor del ingenio como D. Francisco de Quevedo de que nadie se muere del mal que le ataca, sino del médico que le asiste.

No faltó en su canonical mesa la venerable olla podrida, repleta de cuanto inventó la suculenta cocina española para recreo del paladar y satisfacción del estómago.

El pan blanco y bien tostado que a media mañana trajeron los panaderos de Alcalá muestra una enorme cueva que los gordejuelos dedos del poeta abrieron en la miga para remojarla en el dulce vinillo de aquella taza que tantas veces fué llena durante el copioso yantar.

«La morcilla, ¡oh, gran señora, digna de veneración!», aun dejó algunas migas en aquel plato talavereño. Sabrosa estaba tan cargada de especias, que tras el bocado parecía irse el paladar. Ya protestaría luego la descomulgada gota; mas ¿qué importa, si al gusto le parece de perlas?

El salpicón de carnero y la ensalada cumplieron como buenos, y tan lindamente nadaron en el vinillo a lo que como el pez en el agua.

Las manos cruzadas sobre el hidrópico buche y los ojos adormilados ayudan a la fértil imaginación y donosa musa de su merced a componer de memoria alguna jácara, epigrama, soneto o canción, porque se ha de tener en cuenta que el reverendo D. Baltasar no se toma la molestia de confiar a la pluma los felices partos de su ingenio. El hombre lo hace para recreo suyo y satisfac-

ción de los buenos amigos que ayúdanle a llevar, con la más paciencia que Dios es servicio, la pesada y espinosa carga de sus alifafes.

Ya cuando ellos lleguen y caten aquellas cosas las trasladarán al papel, y luego de tomarlas para sí harán gracia de ellas a los curiosos aficionados de

asistir alguno de los claros ingenios que la forman. Es una Academia regocijada, como si dijéramos, factoría del buen humor y del buen gusto.

En ella no se pierde el tiempo con tejer y destejer la política del Estado, dando arbitrios y rentas para apuntalar el mal Gobierno de Felipe III.



Bien pudo gloriarse la edad de nuestro gran Monarca Felipe Segundo, pues no fue menos felice de buenos ingenios que la del claro Augusto, en que florecieron el Divino Virgilio, el numeroso Oracio, i el insigne Tibulo: pues en ella salio a luz el ilustre varon Baltasar del Alcazar:

que tiene legión su merced en toda Sevilla.

A la hora en que el esquiloncillo de la Santa Catedral convida a los señores canónigos a una reposada siesta, arrullados por la monotonía del rezo, van entrando en la casa del poeta los amigos que de ordinario le animan la sobremesa.

Son éstos el pintor Francisco Pacheco, el famoso poeta Juan de la Cueva, Lázaro Díaz, Francisco Sarmiento y Juan Antonio del Alcázar, sobrino de su merced.

Esta docta academia no siempre se reúne en pleno; pero ningún día deja de

Allí tienen poco o ningún eco las noticias que llegan de los mentideros de la corte, como ellas no sean de orden literario o artístico; sábese si Lope ha estrenado comedia nueva; si Góngora ha desquiciado una vez más la República de las Letras con su nuevo estilo, que más adelante habría de dar cosechas como *Las Soledades* y el *Polifemo*.

Cuando sale a luz algún libro que vale la pena de ser conocido por la docta reunión, allí aparece con el regocijo de todos; unas veces son las *Rimas a lo divino y humano*, de un clérigo poeta, como D. Juan de Salinas, o las desaprensivas y regocijadas narraciones de *La*

Zarabanda y *Antón Pintado*, debidas a un ingenio anónimo.

Todo pasa por el almojarifazgo de aquellos alegres varones, habiendo para todo una sentencia y una sátira, que muchas veces se holgara de no oírle el interesado.

Don Baltasar, que siempre espera a su tertulia ansioso de charla y de comunicarse con ella las mieles de su privilegiado ingenio, les suele decir:

—Miren vuestras mercedes lo que hoy me entretuve en hacer durante el poco espacio que la gota no quiso acordarse de mí.—Y con mucho gracejo recita los sazonados donaires que se aderezaron en su claro entendimiento. Unas veces son aquellos epigramillas de Violante y Guardiola en que la mostaza anda revuelta con el buen gusto, de suerte que no sabe si la poesía es jácara o madrigal; otras, aquellos comezones por referir un cuentecillo tan jocoso, que la propia risa no le consiente darle sabor, y así desperdicia magistralmente ocho versos y a veces más para prometer contarle cuando se le acabe la risa, que no le deja hilvanar las palabras.

Una destas tardes pasadas martirizóle el descomulgado achaque de la gota, tan sin compasión, que por más de tres horas le tuvo, como dicen, con el grito en el cielo; pero así como la angustia fué pasada, dió tan presto al olvido el mal rato, que se puso a cavilar unas coplas en que compara al amor con la enfermedad que le consume.

Cuando llegaron los amigos y les comunicó los versos en que había florecido su dolor, cada uno tomó su papel y pluma, y desde las cámaras del ingenio de D. Baltasar se dispusieron a echarlas a volar por toda la ciudad de Sevilla, y según iban saliendo las estrofas había veces que los amanuenses no eran quienes a contener la risa, aunque, a la verdad, mirando el triste estado de quien dice estas galanuras, más se presta a sutiles melancolías...

Como han sido muchos juntos a trasladar esta composición, por esto entiendo que anda suelta sin grandes mudanzas, no como ocurre en otras que dicta según llegan sus camaradas. Dígalo, si no, esa prodigiosa *Cena*, que no tiene par entre las poesías jocosas de los ingenios más insignes del Parnaso español.

Llegó primero Pacheco y dióselo recién salida, poniendo la ciudad de Jaén como lugar de acción; cuando los otros devotos llegaron repitió su merced lo hecho, mas ya (como sacada de los desvanes de la memoria, que por ser cosa femenina es fiel pocas veces) trocada en muchas partes, comenzando en el primer verso, que dice:

*En Ronda, donde residó...*

Pero, ¡vive Dios!, y para gloria del poeta, que si las dos transcripciones tienen diferencias notables, entrambas son lindas, y ellas por sí solas tienen de llevarle en volandas a la más empinada cumbre de la inmortalidad cuando muera; suceso que, pluguiendo a Dios y entristeciendo a cuantos le queremos bien, no ha de tardarse mucho, que el señor D. Baltasar está muy destruido por la cruelísima gota; tanto es así, que ya durante las sobremesas y las veladas de su enfermedad compone más poesías religiosas que amorosas y regocijadas...

Diego SAN JOSE



EL RETORNO A LOS LARES

## LA INQUIETUD DE LE BARGY

CARLOS Gustavo Le Bargy, el archiele-gante Le Bargy—señor del frac en la farándula, como lo es M. André de Fournières en esa otra farsa de la vida social—, el gran Le Bargy, retorna a sus lares, quiero decir a la *Comedia Francesa*. De seguro que lo ha visto el lector en las informaciones que de París, del dorado París artista y aventurero, nos transmiten las Agencias.

Le Bargy vuelve a la *Casa de Molière*. Es un retorno triste este del genial histrión, porque delata que Le Bargy se sienta vencido por sus sesenta y dos años. Si no fuera así, ¿pondría el ágil comediante, el inquieto artista, el espíritu vivaz e infatigable del gran actor, este punto final a sus aventuras profesionales, a su vida trashumante de cómico que viajó por el mundo, rebelde siempre a la cañina paz de la *Comedia Francesa*?... El retorno de Le Bargy a sus antiguos lares, que le dieran el prestigio inicial de su carrera, acaso no sea definitivo, sin embargo... Quizás algún día el insigne comediante sienta retomar en su alma de artista viajero inquietudes de la edad moza. Y tal vez volvamos a ver en Madrid a Le Bargy, un poco más viejo que le vimos antaño; astro en crepúsculo, pero astro siempre...

El oficio de histrión es en Francia prenda de longevidad. Aún hace quince ligeros días nos hablaba «Le Journal» de Mme. Daynes-Grassot, una arrugadica nonagenaria que lleva ochenta años de cómica y que se despide del público de París en el teatro del *Vaudeville*. ¡Ochenta años de farsa! Todo un vasto tratado de amargas filosofías y de experiencias amargas. ¿Qué gesto de sorna no habrá puesto la vieja actriz ante la actual zarabanda sindicalista de sus colegas? ¿Y qué empresario genial embaucará ya a Mme. Daynes-Grassot?... Sara Bernhardt, casi octogenaria también, la maga del arte escénico, ha recorrido con sus sesenta, y aun con sus setenta años, de triunfo en triunfo, el mundo viejo y el nuevo mundo... ¿Por qué hemos de dar el *canuto* del retiro a Le Bargy? ¿Por qué reingresa en la *Comedia Francesa*?... ¡Oh! Tal vez este gesto de cansancio haya sido ensayado refinadamente y lo use Le Bargy con la misma elegante displicencia con que exorna su «boutonnière» con la roseta de la Legión de Honor.

Por lo demás, la vida del preclaro farandulero, en la que tiene de nómada y de errabunda por esos teatros del mundo adelante, ha seguido la huella de los más esclarecidos genios de la escena francesa. Casi ninguno de ellos hase resignado a la rigidez y al empacho de disciplina que hacen de la *Comedia Francesa* un trasunto del cuartel o de universidad alemanes en los buenos tiempos imperialistas... Todos aspiraron anhelantemente a entrar en la *Comedia Francesa*, doctorado prestigioso del histrión. ¡Ah! Pero una vez que se exhibieron allí, y cuidando mucho de que todos los empresarios del mundo supieran que se era de la *Comedia*—por causa de la cotización en el mercado—, todos ellos quisieron y quieren volar libres, semejantes a cómicos de la legua. La *Casa de Molière* da un inmenso renombre; pero produce un hastío desolador. Y hunde en los fofos almohadones de la comodidad a sus miembros; pero, a la larga, hace padecer de hipocondría y hace perder muchas *tournées*!

No sé si conoce el lector el chusco lance acaecido a Silvain, el decano de la *Comedia Francesa*. Este actor firma un contrato con un teatro de Marsella. En-

terada la Dirección de la *Comedia* de que Silvain ha salido para Marsella—sin permiso, Dios mío, de la *Comedia* y de sus altos dignatarios!—, repone en seguida en los carteles obras del repertorio de Silvain. El gran actor es avisado a Marsella de la represalia de la *Comedia*. Regresa a París, representa su papel y torna a Marsella para cumplir allí sus compromisos. En el teatro de París tiene que trabajar dos días por semana; otros dos en Marsella. El resto lo pasa en el tren... Así pagó Silvain su travesura de marcharse a Marsella sin permiso de los sesudos y férreos varones de la *Casa de Molière*.

Es justamente lo que Le Bargy no quiso tolerar. Y como Silvain, como Susanna Després—la eminente y sin par—, y la misma Sara Bernhardt, Le Bargy huyó de la severa disciplina de la *Comedia Francesa* y anduvo por el mundo, libre y suelto, luciendo su arte y sus fracs.

Ahora se reintegra a los austeros lares que abandonara. El pájaro se ha cansado de volar... Las inquietudes de Le Bargy tienen en este retorno un punto final o acaso tienen sólo un paréntesis... Le Bargy, a los sesenta y pico de años, va a ser un buen chico...

Luis DE GALINSOGA

## LOS TULIPANES DE LOPE

No he sabido qué enviar a v. m. en agradecimiento de este favor y de que con flores de sus manos esté honrado este jardinillo humilde, donde cada año han de nacer memorias de v. m. con nombre de tulipanes de Flandes, aunque mejor fuera llamarlos Sueyros.

(Lope de Vega: «Lucinda Perseguida». Dedicatoria a Emanuel Sueyro de Amberes, que le había mandado algunos tulipanes.)

Vaga fray Félix por el huertecillo  
cuyas flores deleitan su cuidado,  
cuando entra Lope el mozo, apresurado,  
gozoso portador de un canastillo.

Vuelto en sí de sus rústicos placeres,  
por la esquila que al cesto se acompaña  
dan en que viene el canastillo, a España,  
del caro Emanuel Sueyro, desde Amberes.

E impacientes los dos, con más afanes  
que mocete un papel de confituras,  
descubren, al rasgar las coberturas,  
no más que un cebollar de tulipanes.

Movida el alma por el tal presente  
—y, en tanto, el mozo desilusionado—,  
sube a casa, a guardar, embelesado,  
los raros tulipanes en simiente...

Plántalos, Lope; para abril le nacen,  
y, abiertos ya, junto al plantel suspira,  
que más le placen cuanto más los mira  
y más los mira cuanto más le placen.

Y a tales flores su afición es tanta,  
tal le deleitan sus colores bellos,  
que corta de ellos y que manda de ellos  
a su amiga Luján, la comedianta...

Como al flamenco responder no sabe  
ni en qué pagar tan singular envío,  
deja pasar el caluroso estío  
sin acertar resolución tan grave,

hasta que al fin su ingratitud remedia,  
y, teniendo en muy poco lo que envía,  
por pagar la flamenca galanía  
dedica a Emanuel Sueyro una comedia...

Y el caro Emanuel Sueyro, en torpe prosa  
responde, para otoño, desde Flandes:  
—¿Cómo pagarais los favores grandes  
si así pagáis por tan pequeña cosa?...

### Envío a una dama

Yo que no puedo, como Lope, daros  
la viva joya de tan gran presente,  
me habré de conformar, humildemente,  
con otros tulipanes regalaros.

Pues si os han de dejar breve memoria  
porque son, como flores, pasajeros,  
sé que de ellos habéis de complaceros  
sabida ya su original historia.

Y así, tomad, con la emoción discreta  
del que, humilde cantor, canta en el coro,  
los tulipanes que en el siglo de oro  
fueron deleite del mejor poeta.

Luis FERNANDEZ ARDAVIN

GLORIAS PASADAS

## LA HERENCIA DE CAMPOAMOR

Murió del todo, pues murió olvidado. En vano algún ingenio cievadísimo, no tocado del desprecio a lo que fué, ni de la extravagancia literaria que encandila la inclinación de los actuales modernistas, ha evocado la inspiración del gran poeta y glorificado su memoria: la generación militante de hoy no le conoce y apenas si tiene de su mérito otra idea que la que emana de las más efímeras composiciones del incomparable artista, como son «Cosas de la edad», «El tren expreso» y «Quién supiera escribir!» En cambio, los poemas que elaboró en plena madurez, con toda la pasión del neófito y toda la experiencia de una larga vida, no son populares, aun cuando encierran hechicera gracia que resplandece a través de la más armoniosa inspiración y de la más tolerante filosofía.

Acaso contribuyó al desdén hacia nuestro escritor otro gran poeta que, sin nombrar al vate asturiano, habló despectivamente de los «suspirillos germánicos», en los que el público de entonces consideró comprendidas la mayor parte de las rimas de Bécquer y todas las «Humoradas» de Campoamor; pero la contemplación reflexiva de la obra total de éste le discierne el primer rango, acaso, entre los grandes artistas de la expresión métrica.

No hay horror trágico que supere al que emana de «Los venteros de Daimiel», que, cegados por la codicia, asesinan a su propio hijo; ni rasgo de patriotismo áspero y abnegado, tal vez criminal, como el de «Blanca de Armendáriz», fingiendo el amor y sacrificando la propia vida para arrebatarse la suya a los invasores de España durante nuestra gloriosa guerra de la Independencia; ni lección de derecho conyugal como la recibida por el héroe de «El confesor confesado»; ni ejemplo de difícil revelación que pueda equipararse a la que rinde «Florinda» ante su padre el conde D. Julián, que logró arrancarle el secreto de sus intimidades con el rey D. Rodrigo.

Quiénes quieran asistir a la transmutación de un alma, convertida primero en árbol y después en losa funeraria, lean el «Poema universal»; los que pretendan saber de lo que es capaz la mujer amante, saciarán su curiosidad en «El amor y el Río Piedra», y los que deseen seguir las revelaciones de la pasión erótica, grandiosa en la juventud, inmoral y calculadora en la madurez y repulsiva y grotesca en la senectud, lo aprenderán en la historia de «Julio Montero», el protagonista de las «Tres Rosas». Forjó Campoamor el alma celosa de «Blas», no inferior en colorido artístico a la de «El moro de Venecia», y creó en «Muliércula» la hembra sin alma, en la cual no pudo encontrar el «Licenciado Torralba» la satisfacción de sus anhelos, que sólo la muerte—es decir, otra vida—podía reservarle.

El insigne Leopoldo Alas, digno crítico del insuperable Campoamor, advirtió en los últimos poemas de éste cierto sentido religioso. Para quienes lo lean meditadamente no ofrecerá duda la exactitud de tal observación; ni se comprende que pudiera hallarse sistemáticamente alejado de la ley Suprema, que nos sujeta, nos conduce, nos guía o nos castiga, quien creyó que «el amor es el cielo hasta en el cielo»; que «para el alma, que el amor hospeda, queda lo eterno y lo terreno pasa», y «que es el único sabio en esta vida el que sabe querer lo que Dios quiere».

Jesús del VALLE



IMPRESIONES DE UN LECTOR

# UN POETA ARMENIO

He recibido una colección de versos de un poeta lejano y desconocido: *I Sogni Crocefissi*, del armenio Hrand Nazariantz, traducción italiana de Enrico Cardile. *Floraison de martyre* la llama su autor en la amable dedicatoria del ejemplar que me envía.

¿Qué es Armenia para la sensibilidad de Europa? Hasta ahora, una vaga fantasmagoría de dolor, un tópico literario. Eterna víctima sacrificada a bochornosas razones de Estado; su sangre era el rescate de una paz llena de odios que mutuamente se neutralizaban; una Ifigenia que moría sobre la pira de sacrificio para que las naves ajenas dieran al viento sus velámenes. Un día la imploración de Gladstone reclamaba para ella una mirada de auxilio. Pero ya la fría crueldad de Bismarck proyectaba apoyar sobre el Sultán rojo la futura agresión germánica. En nuestros días, la guerra exacerbó sobre esa nación oblata la brutalidad kurda. ¿Quién ha olvidado aquellas jornadas de exterminio, las caravanas sangrientas, las mujeres y los niños inmolados por la soldadesca, ebria de un doble odio por la religión y por la raza?

De esa alma torturada ha surgido este libro tumultuoso y fervido. Pero a través del él se revela algo más que el eco de una nación martirizada. Nazariantz se nos muestra como una inquietante y turbadora fusión de simplicismo y refinamiento espiritual. ¡Ese armenio es un discípulo de Mallarmé! Figúraos la mezcla detonante. Con todo, ¿no habrá una interna ley que incorpore esas ansias de resurgimiento nacional a las más agudas perfecciones de la cultura humana? Nazariantz, además, es el producto de una múltiple conjunción de stirpes y de medios. Tal vez quede en el solar caucásico el *humus* primitivo de la raza blanca; tal vez en esa etnicidad se juntan, con el inmediato contagio helénico,

co, primitivas purezas cristianas, herencia de los patriarcados apostólicos; y, sobre todo, el viento de las incursiones venecianas, la solidaridad irredentista con los pueblos itálicos, comunes adversarios de las dos irradiaciones bárbaras, la eslava y la turca.

Un prólogo del traductor de ese libro señala sus tendencias capitales: «Hemos intentado plasmar la Idea, evocar el Sueño, concretar la Alusión... El estado más propicio a la creación poética es *éxtasis*... Nuestra poesía palpita como el corazón del vidente que espera la aparición, jadea como el pulmón del *medium* durante la *desmaterialización*... Somos capaces de suscitar la orquesta por la cual se articula lo Inexpresable.»

¡Oh! No puede negarse que esas expresiones enfáticas suenan ya para nosotros como eco de pasadas modalidades poéticas. Suenan a viejo, a extinguido. Son vaguedades adjetivas, mediales, instrumentales; y anhelamos hallar tras ellas una consistencia, una sustantividad, esa «propia imagen interior del poeta, a través de la cual intente rehacer la Naturaleza y la Vida, llevando en sí mismo el propio mundo, con el orgullo de la abdicación voluntaria, el regío desdén misterioso que le aparta de la multitud.»

Nazariantz, a su modo, renueva el caso de Moréas: es un injerto de espiritualidad parisina en un temperamento clásico. Pero me parece sentir en sus versos ráfagas de los vientos adriáticos, batiendo sobre velas purpúreas, tintas en sangre de suplicio. Hay en él, a veces, la violencia dannunziana, la estela de la Nave de Grático.

Pero abramos ya esas páginas, tan impregnadas de originario exotismo. No, no. Las brumas del Símbolo no enturbian la nitidez original de la imagen, brotada cerca de los más puros manantiales de dioses.

«Mi cuerpo está escondido por la cruz que lo sostiene», dice el poeta. La negrura leopardiana, ante el recuerdo de la patria en cruz, comunica el pesimismo a todas sus visiones de la vida, a sus propios latidos amorosos. También en la libertad de Italia, obra esencial de poetas, la hora elegiaca de Leopardi y de Foscolo precedió a la hora triunfal y belicosa de Carducci.

La influencia del poeta de Recanati es a veces visible, como un resurgir de fuegos fatuos:

*Fiocca altra neve a l'anima, una neve triste senza candore,  
e sul suo gelo che giammai dilegua  
non spunterá alcun fiore.*

... ..  
Qual duolo ha dunque omai scavato il  
[nostro cuore  
tal da farci sdegnare senza tregua la  
[Vita?

*Il crepuscolo ascolta livido e doloroso  
e ci culla in suo tenere canto di nostalgia...*

*Culla la nostra eterna disperanza  
e la vana saggezza ed il pensier più vano  
che ci conduce lentamente al Nulla.*

Toda la parte puramente lírica del libro revela esa fusión del dolor cívico con la desesperación personal. No encuentro mejor símil, repito, que el de la era elegiaca del irredentismo italiano. Pero la última parte del libro, ya impregnada de aliento épico, es un centelleo de optimismo, una fiebre de futura liberación.

«Oh, incógnito Héroe, tu alma, hermano, es el fiero albatros que ahora se arrastra de roca en roca y espera, para lanzarse locamente, la última Santa Tempestad!»

El monólogo del poeta cede su voz un momento a la *Plegaria de las vírgenes armenias*, que vierten sus lágrimas como óleo ritual en la sagrada lámpara. Poco a poco, ascendiendo el poeta en su monólogo apasionado, prorrumpe en los acentos más agudos de la que llamó Italia poesía civil. Canta el corazón de la raza, «corazón solar, tristeza majestuosa, corazón ardiente, bajo la luz de los

astros por la Cruz y la Lira; Corazón-Lira de siete cuerdas dolientes, siete místicos abismos; corazón luminoso y solitario de Anahit, divina incomprendida, cuyo dolor fecundo es el del Genio vengador que quiere imprimir su imagen eterna sobre el granito de la Inmortalidad.»

Y como una posea oriental, como Electra después de su venganza, el poeta corona su libro con *Los tres cantos de la Promesa*; parece verle agitarse en danza pírrica con la antorcha en la mano, en unas soñadas Tesmoforias, o en un rito órfico. «Volteando sobre la Nada y la Vida, la lívida y orgiástica vigilia del Alma, se inicia la Danza... La Danza eterna del Alma se difunde en el espacio, ávida de suplicios; prorrumpe como la onda turbulenta, flúida, indefinida, como un incienso azul que se eleva hacia la eterna *Efímera* de miradas irreveladas. La Danza, vida ardiente en llamas lustrales; enorme conato ante el rostro de la Muerte; prueba suprema contra la Miseria humana; sublime abdicación, divino Orgullo; ímpetu y desprecio contra la Barbarie; nuestra Danza de Victoria entretegida con el Odio, la terrible Danza! Hasta el extremo aniquilamiento, ante las cuatro caras de la Cósmica Locura, Hermano, por la Danza!»

Sin duda encontrarás, lector, chispas de extraña *glosolalia* en estos sollozos, en estos desgarramientos de alma. Pero yo veo en ellos el contragolpe, en una sentimentalidad generosa, de una egoísta y culpable pasividad ante el *etnicidio*, ante la extinción brutal de una raza, ante unas matanzas que, junto con los pogromos eslavos, ha renovado en nuestros días las antiguas *Visperas*, o los horrores de la persecución antijudaica, o las truculencias de la San Bartolomé. Y me parece que tras el tartamudeo sacro de esa poesía, que tiene algo de galope sonoro, se aparece la Nación-Andrómeda, en espera de su libertador, atenta al galopar del divino caballo; la Nación crucificada, que antes expuso el poeta, lastimosa—*Ecce Mulier*—, desde el balcón del Pretorio...

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

## GRAFICO-HISPANO

FOTOGRAFADO

[ ] ARTE [ ] GALILEO 34 [ ] TELEFONO J. 859 [ ] MADRID [ ]



Entrada al vestíbulo del Hotel de Paris.

## GRAN HOTEL PARÍS

### OVIEDO

### Asturias -:- España.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.  
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.  
Dormitorios de lujo inusitado. — *Brasserie* en el Hotel. — Orquesta en el espléndido *Hall*. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

**Pensión completa desde 12,50 pesetas.**

DIRECTOR PROPIETARIO:

D. Manuel del Valle Díaz.

# CASA NATALIO

La primera en impermeables ingleses de todas clases, sastrería y camisería fina.

OVIEDO



RAFAEL GASSET

# La Humanidad insumisa

LA REVOLUCIÓN RUSA  
EL PROBLEMA SOCIAL EN ESPAÑA



MADRID, 1920  
Talleres tip. de EL IMPARCIAL  
Duque de Alba. 4.

OBRA DE VIVA ACTUALIDAD  
Y DE PALPITANTE INTERÉS

DE VENTA  
EN LAS  
PRINCIPALES LIBRERÍAS

PRECIO **4** PESETAS

# CARLOS COPPEL

## FABRICA DE RELOJES

Fuencarral 27

Madrid

DEPÓSITO DE  
LOS RELOJES  
DE PRECISIÓN  
M. Z. A.

CERTIFICADO  
DE GARANTIA  
CON CADA  
RELOJ

